

# 1

13 de noviembre de 2019, miércoles

Esa tarde de noviembre todo el mundo hablaba del caso Pedro Ortega. Habían transcurrido varias horas desde la detención de mi amiga y, pese a ello, las especulaciones no dejaban de sucederse. Eran pocos los que creían en la inocencia de Irene Arias, y, en realidad, ni siquiera yo sabía qué pensar al respecto.

Faltaban tres minutos para las cinco, la hora a la que habíamos quedado con Diego Hermosilla. Nerviosa, acució a mi compañero Tomás para que apretara el paso. Él asintió y avanzó deprisa mientras sujetaba con la mano derecha el paraguas bajo el cual nos refugiábamos de la lluvia que se derramaba sobre la ciudad de Santander.

Entre chapoteos, enfilamos la calle Castelar en dirección al portal número 33. Diego Hermosilla se había mudado a ese bloque de la madrugada anterior. Allí lo habían acogido sus padres, en la cuarta planta de un edificio de tonos blancos y anaranjados que se levantaba frente a la bahía de Santander. El arresto de su esposa y el acordonamiento de la vivienda conyugal, en Comillas, para su registro por la policía judicial, no le habían dejado alternativa. Se había llevado al hijo de ambos, Mario, que aún no había cumplido su primer año.

Al aproximarnos al lugar, sorteamos a dos hombres que fumaban a la entrada de una chocolatería, arrebujados en un saliente que goteaba jirones de la tormenta. Uno tenía a sus pies una cámara de vídeo profesional y el otro portaba un micrófono. Era evidente que su presencia allí no obedecía a una casualidad.

Al principio, ninguno pareció identificarnos como los abogados de la detenida. Sin embargo, en cuanto llamamos al interfono del portal y el sonido atrajo su atención, arrojaron el cigarro al suelo y se lanzaron hacia nosotros. En ese momento, una voz femenina y quejumbrosa brotó del altavoz.

—¿Diga?

—Somos Clara Caballero y Tomás Herrero, los abogados —anuncié apresuradamente—. ¿Podemos subir?

Se oyó un resoplido.

—Sí, mi hijo los está esperando —respondió la voz al tiempo que se activaba el mecanismo de apertura.

Justo cuando nos disponíamos a empujar la puerta, los periodistas nos dieron alcance y nos preguntaron con respiración entrecortada si íbamos a vernos con Diego Hermosilla. No estábamos de humor para declaraciones ni exclusivas, así que les dimos la espalda y nos metimos en el portal con rapidez. Durante una fracción de segundo, temí que nos persiguieran por el edificio y nos acosaran con sus interrogatorios, pero nada de eso ocurrió; se limitaron a observar con resignación cómo nos perdíamos en el interior. Tomás, a mi lado, relajó el rostro y se apartó un mechón de pelo castaño que le caía por la frente. En las últimas semanas se había dejado crecer su media melena, y lucía una barba de tres o cuatro días que le ensombrecía las mejillas y le confería un aspecto más adulto que el propio de los veintiocho años que tenía, cinco menos que yo. Sus ojos, de color arena, me cedían el paso y me invitaban a entrar en el ascensor.

Nada más salir del habitáculo, en el cuarto piso, una puerta se abrió a nuestra izquierda. Al umbral se asomaron dos ancianos. Uno era un hombre calvo y de nariz aguileña, y la otra, una mujer rolliza, con el cabello gris y de rictus intimidante. Nos escudriñaron de arriba abajo, musitaron una bienvenida cortante y se hicieron a un lado sin disimular su desagrado.

Justo entonces emergió entre las piernas de la señora, con paso inseguro, un niño rubio y de piel clara. No correteó, gateó ni jugó; en su lugar, me sostuvo la mirada con expresión de gravedad, como si, a pesar de su edad, pudiera comprender la naturaleza del mal que motivaba nuestra visita. Me agaché y lo saludé con tono cariñoso, pero no dio muestras de oírme. Se limitó a mantener las pupilas clavadas en las mías con un magnetismo insoportable. Su abuela apartó al pequeño con un impulso suave hacia dentro y chasqueó la lengua. De alguna manera, parecía amonestarme por la insolencia de emanar una dosis de cordialidad en aquel ambiente funesto.

No teníamos por qué tolerar ese frío recibimiento, de modo que carraspeé y les recordé asépticamente nuestra pretensión de ver a su hijo. Sin mediar palabra, los ancianos giraron sobre sus talones y nos guiaron por una casa sumida en las sombras, iluminada tan solo por los tímidos haces de luz que se filtraban desde la calle.

Hicimos el recorrido en silencio, envueltos en la tensión que agarrotaba el aire. Atravesamos un recibidor engalanado con una alfombra gruesa de color vino hasta llegar a un pasillo con dos puertas a cada lado. Tras avanzar unos pasos, la madre de Diego accionó la manecilla de una de ellas, empujó unos centímetros y se quedó quieta. Como la mujer no se decidía a cruzar el umbral, me aproximé a ella con impaciencia y miré por encima de su hombro. Se trataba del salón de la casa. Una parte estaba dedicada a comedor, con una gran mesa de madera y seis sillas dispuestas a su alrededor, y la otra tenía la función de sala de estar. Destacaban un sofá de piel negra, un televisor de amplias dimensiones, una lámpara que pendía del techo y no había sido encendida y, un poco más apartado, junto a la ventana, un pequeño sillón granate que ocupaba la persona a la que buscábamos.

Diego se acariciaba el mentón con gesto ausente. Parecían haberle caído de golpe quince años sobre los treinta y nueve que tenía. Su rostro hinchado y sin afeitado, y el desaliño de su pelo oscuro daban buena cuenta de las horas que había pasado llorando y lamentando lo ocurrido. Tenía la vista fija en las cortinas de la ventana y parecía buscar explicaciones en el horizonte. Sus ojos, que habían perdido todo su brillo, se me antojaban de un tono más apagado que el gris claro que siempre había percibido, como si la pesadumbre los hubiera velado. Ni siquiera se había molestado en quitarse el pijama, y por encima se había colocado un albornoz marrón que caía holgado sobre su cuerpo.

Cansada de tanta delicadeza y de los ademanes de cortejo fúnebre de los ancianos, imposté una tos estruendosa que sacó a Diego de su ensimismamiento. Sacudió la cabeza, como si lo hubieran despertado de un sueño profundo o de un trance, y recompuso su postura en el sillón. A continuación, miró hacia el lugar del que provenía la molestia. La dureza de su semblante se rebajó cuando me reconoció, pero no se levantó a recibirnos, como si le faltaran fuerzas o como si entendiera que la desgracia lo exoneraba de la liturgia de los buenos modales. Parecía un enfermo postrado en su lecho de muerte. Siendo justos, las circunstancias que nos habían conducido hasta aquel piso no invitaban a una reacción diferente.

Hizo un ademán con la mano y con un hilo de voz nos ofreció acomodo en el sofá. Acto seguido, les pidió a sus padres que se retiraran. Los ancianos, que habían permanecido inmóviles junto a la puerta, obedecieron y se llevaron al niño, aunque no se me escapó el gesto de reproche que la mujer le hizo a su hijo mientras se alejaba, quizá por el tono de irritación empleado por Diego, quizá por la exclusión que comportaban sus palabras. O quizá por algún otro motivo que no acertaba a adivinar.

Tan pronto como nos dejaron solos, le presenté a mi compañero.

—¿Cómo estás, Diego? —me interesé a continuación, tomándole la mano.

Diego se encogió de hombros, retiró el brazo para soltarse y desvió la vista hacia la ventana.

—¿Crees que Irene es culpable? —me preguntó después de unos segundos de silencio con voz temblorosa y con las pupilas aún prendidas de la cortina.

Su reacción me cogió por sorpresa, pues no me esperaba que fuera tan directo. No sabía qué contestar y, además, no debía entrar en el juego que proponía.

—Eso no me corresponde decidirlo a mí —me excusé.

Diego apretó la mandíbula, molesto.

—Algo te habrá dicho, ¿no? Tú eres su amiga, y ahora su abogada —murmuró con cierto retintín.

Exhalé un suspiro. Podía comprender que se sintiera dolido.

—Diego, tengo deber de secreto profesional, ya lo sabes. No puedo decirte nada, y mucho menos especular sobre la inocencia o culpabilidad de mi clienta.

Advertí que Tomás asistía al intercambio verbal callado y sin perder detalle de las expresiones de nuestro interlocutor, que respiró hondo. De repente, el rostro de Diego perdió firmeza y algunas lágrimas afloraron de sus ojos amoratados.

—¡Sé lo que vi, Clara! Sé lo que vi... —gimió, mordiéndose los nudillos con rabia.

—No pongo en duda lo que viste, sino la interpretación que le estás dando. Tal vez haya una explicación para todo esto...

El hombre compuso una mueca de desdén.

—Si creéis que voy a ayudar a Irene, estáis muy equivocados.

—Diego, necesito que me cuentes lo que pasó. Por favor —le supliqué, y junté las palmas de las manos—. Hazlo por Mario.

Su madre se merece una defensa justa. Si es culpable, pagará por ello.

Diego esbozó una sonrisa cáustica.

—Ya, para que consigas que no entre en la cárcel, ¿no?

—Para saber la verdad. Solo quiero la verdad.

Aspiró aire y comenzó a balancearse hacia delante y hacia atrás, frenético. Finalmente, tras frotarse los ojos con fuerza, aceptó contarnos lo que había presenciado, pero con una condición: debía prometerle que, si descubría que su esposa era culpable, renunciaría a defenderla en el acto. Si no accedía a lo que me proponía, no nos diría una sola palabra. Eso o podíamos volver por donde habíamos venido, me amenazó. Tuve que aceptar a regañadientes. De ese modo, e insistiéndole un poco más, conseguí que compartiera sus recuerdos con nosotros.

Lo primero que hizo Diego fue asegurarnos que la tarde anterior no había estado en Comillas, donde había aparecido el cadáver del hombre.

Se había desplazado a Santander a primera hora de la mañana, a la sede de Hermosilla Hoteles, la cadena fundada hacía varias décadas por su abuelo, y no había regresado a casa hasta bien entrada la noche. La empresa iba a abrir su primer hotel en Portugal, y él debía leer cientos de informes. Por eso, alrededor de las seis de la tarde, había llamado a Irene para avisarla de que se retrasaría más de lo previsto; era mejor que no lo esperara y diera de cenar al niño a la hora habitual. Sin embargo, la ausencia de interrupciones y la concentración que le brindó la quinta taza de café lograron que acabara con todo aquel papeleo antes de lo que había calculado, y a las diez ya estaba de vuelta. No se tomó la molestia de comentarle a Irene que recortaría la hora de llegada, pues a esas alturas el anuncio carecía de trascendencia.

En ese punto, Diego tragó saliva.

—Cuando volví a Comillas, aparqué en la carretera paralela a nuestra casa. Te sitúas, ¿no?

Asentí. Había estado allí en más de una ocasión. Diego e Irene vivían en el primer chalé pareado de una hilera de viviendas que constituía la urbanización La Moría. Un alto muro de piedra separaba la propiedad de una estrecha carretera por los lados sur y oeste, y era habitual estacionar ahí el vehículo, en un costado de la calzada.

Diego se pasó la mano por el rostro, alterado.

—Me bajé del coche y caminé hasta la plaza que hay frente a la casa. Después, abrí la cancela y seguí el sendero.

Diego se refería al camino empedrado que surcaba el jardín describiendo una curva y llegaba hasta la puerta de entrada al hogar, ubicada en el lateral izquierdo de la fachada.

—Iba distraído, la verdad, repasando mentalmente los documentos que había estado leyendo. Pero entonces, al doblar la esquina..., la vi —murmuró con tono sombrío—. Estaba agachada junto a un arbusto. La iluminaba de perfil uno de los farolillos. Al principio, creí que estaba inclinada sobre un saco de tierra, pero, en cuanto se dio cuenta de que había llegado, soltó un grito y lanzó un objeto al seto.

Tomás intercambió conmigo una mirada de preocupación.

—En aquel momento, no me podía imaginar de qué se trataba —prosiguió Diego—. Lo averigüé más tarde, cuando la Guardia Civil revisó el lugar que les señalé. Era un cuchillo de cocina, y tenía restos de sangre.

Diego se mordisqueó los labios durante unos instantes y soltó un suspiro.

—¿Qué ocurrió entonces? —intervino Tomás, sin darle tregua. El marido de Irene se frotó la frente y se limpió el sudor.

—Me acerqué. Me acerqué y descubrí que, en realidad... En realidad, el saco de tierra era el cadáver de un hombre tumbado

boca abajo. —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. Lo que pasó después lo recuerdo vagamente, como si estuviera cubierto de una neblina...

Traté de buscar la verdad en su expresión. ¿Nos estaba mintiendo?

—Bueno, sí recuerdo algo —añadió—. Irene gritaba sin parar que no lo había matado, una y otra vez. —Se hundió en el sillón y negó con la cabeza—. No la creí, obviamente, y terminé llamando a la Guardia Civil. Hace años yo confíe en ella, ¿sabes, Clara? ¿Qué quería que hiciera: que escondiéramos el cadáver juntos? Al cabo de unos minutos, llegaron varios agentes y nos interrogaron. Ella no dejaba de llorar. Les dije que había visto cómo tiraba algo. Buscaron en la oscuridad y dieron con el cuchillo. Se la llevaron detenida, claro, y a mí me condujeron al cuartel a tomarme declaración. Según tengo entendido, la jueza de San Vicente de la Barquera y otras personas fueron después a levantar el cadáver y a sacar fotos. Ya de madrugada, me trasladé aquí con Mario. La Guardia Civil no me dejó volver a mi casa...

—¿Te cruzaste con alguien cuando aparcaste el coche al llegar a Comillas? —inquirí.

Diego torció los labios.

—Sí, con el asesino, ¿no? Qué oportuno —exclamó con tono histérico—. No, no me crucé con nadie.

—¿La puerta del jardín estaba abierta?

—Estaba cerrada, pero no con llave. Nunca la cerramos con llave porque solo da acceso al jardín, y no al interior de la casa.

—Y decías que esto sucedió alrededor de las diez, ¿no?

Asintió con desgana.

—Sin embargo —deslicé con lentitud y suavidad deliberadas—, hemos tenido conocimiento de que la muerte debió de producirse entre las seis y media y las nueve. Resulta curioso



que, según tu tesis, descubrieras a tu mujer asesinando a un hombre que llevaba muerto como mínimo una hora.

En ese momento, Diego dio un respingo y me escrutó. Quizá fuera una impresión mía, pero habría jurado que su mirada traslucía cierto temor.

—No sabía nada de eso... —confesó, titubeante. De repente, sacudió la cabeza—. Mira, no tengo ni idea de a qué hora murió ese hombre ni de cómo ocurrió. Lo que sí sé es que a las diez de la noche descubrí a mi mujer agachada junto a un cadáver y con el arma del crimen, y que la escondió nada más verme. Ojalá sea inocente. ¡Qué más quisiera yo! Pero entre esto y lo que pasó hace seis años...

—¿Quién es el fallecido? —le pregunté, obviando su referencia al pasado.

El hombre levantó las palmas de las manos de forma elocuente.

—¿Sabes si Irene lo conocía? —insistí.

—Eso podrá decírtelo mejor ella, ¿no?

—Pero el cadáver terminó en vuestra casa... —murmuré, reflexionando en voz alta—. Tiene que existir algún motivo para ello.

—Yo tampoco me lo explico. Y las excusas de Irene no hay quien se las trague.

—Podrían ser ciertas, ¿no? —lo tanteé.

Posó sus ojos en los míos y entrelazó los dedos, desafiante.

—Pues ya serían dos coincidencias, y bien extrañas: esta y la de hace seis años.

A continuación, se inclinó hacia mí. De pronto, su rostro parecía el de un perturbado. Me hizo una seña para que me acercara. Obedecí y entonces, con voz siniestra, me susurró al oído unas palabras que me hicieron estremecer:

—Dime, Clara: ¿Irene te había hablado alguna vez de nuestro «querido» Rubén?

Espantada, me aparté de él y miré a Tomás.